

Entrevista con Waldo Balart

Miguel Manrique

Cuando, hace muchos años, me presentaron a Waldo Díaz-Balart creí que tenía ante mí a un artista plástico, un poeta o algo así. Cual no sería mi sorpresa al enterarme de que este señor alto –altísimo– de piel muy blanca, con cabellos profesorales y unos alegres y sinceros ojos azules, rematado todo ello con un acento caribeño, era pintor. Y de los buenos. Tal vez de los intelectuales, dado el enfoque reflexivo y profundo que hace cuando habla de cada pincelada estampada en sus lienzos.

Lejos de profundidades, Balart es afable, se confiesa «gato de adopción y vocación», pues lleva viviendo en Madrid más tiempo del que creyó en un principio. No obstante no puede –ni quiere– olvidar a Banes, donde naciera en 1931, localidad situada entonces en la provincia de Oriente, antes de que Fidel Castro hiciera una remodelación del mapa de Cuba, para que el pueblo de este pintor constructivista quede hoy en la de Holguín.

—*¿Por qué salió usted de Cuba?*

—Por motivos políticos. Cuando Fidel Castro tomó el poder en 1959, a mí no me cupo ninguna duda de lo que iba a suceder. Evidentemente, hubo mucha confusión y hasta cierta ilusión por un régimen que, aunque nacido por la fuerza de las armas, había acabado con la dictadura de Fulgencio Batista. Pero yo no me llamé a engaño en ningún momento. Sabía perfectamente lo que iba a suceder y por eso decidí marcharme.

—*Sin embargo, a usted le tocó todo esto de una manera muy especial. Su hermana Mirta estuvo casada con Fidel Castro.*

—Efectivamente, así es. Fui cuñado del dictador..

—*De ese matrimonio hay un hijo. Su sobrino Fidel, Fidelito.*

—Sí, es físico nuclear y en un tiempo tengo entendido que fue jefe del programa nuclear cubano. Todo lo que sé es que vive en Cuba. La relación que tengo con él es a través de mi hermana que vive en Madrid con sus hijas.

—*Usted estudió para contable. ¿Qué relación puede haber entre la contabilidad y la pintura?*

—[Una carcajada] Pues como comprenderá, ninguna. Es del todo imposible. Me recibí de contador público y nunca en mi vida he podido abrir un libro de contabilidad... hablo de libros, pues en aquella época se llevaba todo aquello con unos enormes libros. Hoy está todo informatizado y se trabaja con programas de los que no tengo ni idea. Desde muy pequeño supe que había nacido para pintor y hacia el arte encaminé mis pasos.

—*¿Desde pequeño?*

—Si, yo en Cuba era un artista frustrado y hasta un poco diletante, es decir, no me había tomado el arte en serio. Hacía dibujos a los que no adjudicaba ninguna importancia pues prefería invertir el tiempo viendo exposiciones. También tengo que decir que el ambiente no me era propicio para centrarme debido a que mi familia estaba muy comprometida en cuestiones políticas y, quieras o no, esto no ayuda nada en la formación de un artista que lo que necesita es aire puro; libertad, en suma.

—*Y escogió usted Nueva York.*

—Escogí Nueva York. Me matriculé en la escuela que había en el M.O.M.A., el Museo de Arte Moderno. Aquello fue fundamental para mí. Me relacioné con muchos artistas, hacía una vida adecuada a mis inquietudes, no sólo en el ámbito del Museo y de la escuela, pues todo lo que encontraba en aquella ciudad era motivo de aprendizaje. Fueron tres años definitivos para mí, una etapa que acabó por encauzarme en el mundo del arte. Tanto es así que después comencé a trabajar como artista. Si no hubiera estado en Nueva York tal vez mi pintura y hasta yo mismo habríamos corrido derroteros diferentes.

—*Era la Nueva York de los años 60.*

—Considero que nací en Nueva York. Me impactó mucho porque aún no era la Gran Manzana devorada por el dinero. El dinero existía, por supuesto, pero la ciudad aún no se había rendido del todo a él. No había la brutalidad que se advierte hoy en día. El arte tenía un lugar preponderante en la vida de la gente y se notaba en movimientos como el abstracto-expresionismo; cuadros que ahora mismo valen 5 ó 6 millones de dólares, cuyos autores vivían de una manera muy modesta, bohemia. Mire, cuando Frank Kline murió su estudio era un taller humilde como él. Pero todo eso cambió como o hizo la ciudad, el país e imagino que todo el mundo.

—*Mucha diferencia con los representantes del pop-art ¿no?*

—Bastante. Los representantes de este movimiento compraban edificios enteros donde vivían y trabajaban, parecían no caber en un pequeño taller. El mundo del arte cogió el ritmo de las finanzas como si de otra actividad puramente económica se tratara, o sea, el que actualmente tiene..

—*¿Y eso es buen o malo?*

—Ni una cosa ni la otra. Es una realidad. Lo único que sé es que el artista necesita vender para vivir y para eso es preciso contar con un intermediario entre él y su obra. El galerista o *marchante* tiene que trabajar con criterios puramente comerciales, luchar con las armas que requiere todo tipo de mercado. O sea que sí, [una risotada] que las finanzas son buenas compañeras de viaje del arte.

—*Hábleme un poco de los pintores que para usted fueron importantes en esa etapa neoyorquina.*

—Serían bastantes. Pero por citar, se me ve vienen a la memoria nombres como el de De Kooning o el de Frank Klein a quien ya me he referido. Lo que más me impresionó de ellos fue su valentía al romper con los estereotipos de aquella sociedad puritana, tan mogigata, tan rígida de moral. Componían un círculo fabuloso de gente abierta a todas las tendencias y donde todo el mundo escuchaba a todo el

mundo. A estos artistas los podías ver en los bares bebiendo cerveza; pero cuando comenzaron a ser financieramente independientes y hasta poderosos, pues la bohemia en ese sentido se les terminó. No obstante, en ese ambiente fuimos muchos los jóvenes que nos impregnamos de una sabiduría que a la postre fue definitiva en nuestro quehacer artístico.

—*A ese círculo también estaba vinculado Andy Warhol.*

—Bueno, esta es la figura más importante. Cuando nos referimos al rompimiento de esquemas caducos, si hablamos de valenía en el sentido más amplio y concreto de la palabra, el nombre de Warhol es el que mejor puede definir todo aquello. Personalmente tenía una doble faceta que incluía la autoprotección pero al mismo tiempo una ternura que le hacía muy transparente hacia los seres humanos. Vivía en esa curiosa ambivalencia. Es algo que se puede apreciar sobre todo en sus películas.

—*¿Películas?*

—Sí es una de sus facetas que no se recuerda demasiado. Se lo conoce más que todo por sus cuadros. En el cine trabajaba con todo un submundo compuesto por drogadictos y travestidos, no se sabe si como provocación o porque allí encontraba los elementos artísticos que lo obsesionaban. Todas esas personas constituían una herramienta de trabajo. Pero en ese ambiente encontró la muerte. La mujer que lo asesinó pertenecía a estos estratos, al parecer era una drogadicta que, como todo la gente de dicho submundo, querían acceder a un mundo maravilloso, de poder y riqueza, pero se trataba de todo lo contrario: era Andy quien los utilizaba a ellos. Pretendía cambiar la sociedad a través de su arte, impregnándose de situaciones e imágenes duras. Para mí la mayor aportación de los Estados Unidos al arte es la figura de Andy Warhol.

—*¿Si tan maravillosa fue Nueva York para usted, por qué se marchó de esa ciudad y en general de los Estados Unidos?*

—Son muchos los aspectos que determinan tu vida. Vine a España a trabajar con mi hermano que se movía en ambientes financieros.

¡Imagínese! La pasé mal, incluso tuve unos accidentes a los que le debo la cojera que padezco. Pero todo se lo achaco a lo que me corroía por dentro que era la inquietud artística. Pero llegó el momento de la liberación y pude dedicarme a lo mío.

—*¿Pero cómo fue el encuentro con España?*

—El exilio proporciona una buena oportunidad para la indagación. En aquella época, en 1970, en España vivía una serie de artistas que compartían muchos de mis puntos de vista. Tuve la suerte de que el Museo de Arte Contemporáneo expusiera mis obras para que así el contacto con la ciudad y con el país fuera definitivo.

—*Se confiesa usted un pintor constructivista. ¿Qué es el constructivismo? ¿Es por la presencia de la geometría?*

—El constructivismo es una más de las vanguardias. Nace en Rusia y cada vez más se le ha ido cambiando el nombre. Ha conservado ese término a lo largo de muchos años, conviviendo con otros *ismos* muy vanguardistas como el suprematismo de Malevich de quien estoy muy cerca. Cada vez más al movimiento se le denomina *concreto* que agrupa a pintores como Mondrian o una tendencia con bastante implantación en Holanda llamada De Style. Pero el denominar al arte con toda suerte de *ismos* no sé si está en decadencia. Si me apura, contesto que lo que hago es un arte *riguroso*, por lo que me exijo buscando, investigando. La geometría, como usted insinúa, aporta mucho a ese rigor, a esa *construcción*. Fue algo innato en mí, pues empecé, desde muy joven, a eliminar del plano pictórico aquello que sobraba o sea la representación en la pintura, todo elemento referencial, y así llegué a eliminar el factor tiempo. También pude suprimir el espacio racional. Queda la pintura como búsqueda sensible que traslado al espectador y entre él y yo podemos llegar a la meta suprema del arte que es la búsqueda del conocimiento.

—*¿Qué pintor o movimiento fueron fundamentales en su obra?*

—Ya me he referido a ellos. El suprematismo de Malevich y el neoplasticismo de Mondrian. De ellos me impactaron el tránsito de la espiritualidad religiosa a la seglar, lo que tiene mucho que ver con la ética.